

¡ Divina Religión que me sostienes ;  
 Jesús clemente que á auxiliarme vienes  
 En esta *Via-Crucis* imposible  
 Para fuerzas humanas, sin tu amparo !  
 ¡ Señor, á quien adoro y en quien creo,  
 Con fe viva y amor inextinguible !  
 ¡ Ay ! De mi Edén perdido sólo veo

A mi alrededor escombros !...

Pero hay otro celeste Paraíso  
 Que en medio á mis angustias ya diviso :  
 Tú pusiste la cruz sobre mis hombros ;  
 Mas Tú mismo, piadoso Cirineo,  
 Fortaleciéndome en mis ansias crudas,  
 A llevarla me ayudas  
 Por el Jerusalén de mi existencia  
 Hacia el Calvario, donde hallar confío,  
 Con la muerte que ansío,  
 —Supremo dón de pródiga clemencia,—  
 Mi propia redención, oh Jesús mío !

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Guayaquil, Abril 21 de 1907

## BLANCO Y NEGRO

(*Conclusión*)

### II

Fernando, después de recibirse abogado, entró como pasante al estudio del Dr. Crisanto Valenzuela. Dedicóse en cuerpo y alma á sus nuevas obligaciones, de tal modo que, aunque no se le ocultaba la fermentación de la capital, con motivo de las novedades de España, de la conducta del Virrey, de la altanería de los Oidores, sobre todo de Alba y de Frías, de la hostilidad creciente de los peninsu-

lares hacia los americanos, no se detenía en tales asuntos, aunque en el fondo le interesaban mucho, absorto como se hallaba en los quehaceres de su cargo.

El lunes 20 de Julio de aquel año, después de comer y de reposar un rato, púsose Fernando, en su casa, á terminar la copia de un memorial que debía presentarse al día siguiente. Como á las cinco de la tarde salió y encontró un espectáculo nunca visto en la tranquila Santafé. La gente corría como enloquecida hacia la plaza mayor ; confundidos hidalgos de casacón y sombrero de copa con artesanos de ruana de colores y jipijapas cubiertos con fundas de hule de diversos colores ; mujeres del pueblo con la corroscá en la nuca y la mantilla echada atrás ; mozos de cordel, pilletes desarrapados : ¡ Viva el pueblo de Santafé ! ¡ Viva el señor D. Fernando VII ! ¡ Muera el Virrey ! ¡ Abajo los Oidores ! ¡ Cabildo abierto ! ¡ Cabildo abierto !

Dejóse Fernando llevar por la ola popular, presenciando las escenas, en que se tocaban lo sublime y lo cómico, sin poderse arrancar de su sitio por la presión del gentío y su propia curiosidad. De repente, la multitud, entre la cual giraban los abogados más distinguidos de la ciudad, comenzó á clamar :

¡ La Junta ! ¡ La Junta ! El Cabildo vacilaba antes de adoptar aquella resolución, la única razonable, atendido el desgobierno de la Península, las pretensiones de soberanía del Consejo de Regencia.

Ya era de noche. Abrióse el balcón del Cabildo, y, á la luz de dos faroles sostenidos por jóvenes patriotas, apareció la imponente y aristocrática figura de D. José Acevedo y Gómez. Irguió la cabeza, radiante de hermosura y entusiasmo, sacudió la cabellera empolvada, y con voz vibrante, que dominó el tumulto y llegó á los últimos confines de la plaza, prorrumpió diciendo :

“ Si perdéis este momento de efervescencia, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. Ved—dijo, señalando la

cárcel—los grillos, cadenas y calabozos que os esperan!  
—¡La Junta! ¡La Junta suprema! gritó á una voz la muchedumbre.

Fernando pasó en breve de espectador curioso á actor diligente; acompañó á la Virreina al convento de La Enseñanza, defendiéndola en el camino de los insultos de las verduleras del mercado; y cuando, el 21, corrió el pueblo á Capuchinos á poner en libertad al Canónigo Rosillo, entró Fernando antes que nadie al Convento.

—¡Señor Rector! libre! usía está libre!

—Lo que dice el poeta, hijo, que la justicia anda con pie cojo, *claudio pede*, ¿te acuerdas? Pero algún día llega.

—¡Y ya llegó!

—Y otra cosa que te decía yo, en aquellos arrebatos que te solían dar: con la paciencia todo se alcanza.... menos á misa, añadió riendo.

Un mes más tarde, Fernando de Andrade había cambiado la peluca por el chacó; la toga por el uniforme de bayeta azul con vueltas rojas; las Pandectas y la Recopilación novísima por las Ordenanzas Militares. Se había enrolado como cadete en el cuerpo organizado por D. José de Leyva, y á que pertenecían los mozos más distinguidos de la ciudad. Peleó y fue derrotado en Ventaquemada, en la guerra civil contra las provincias; triunfó en San Victorino el 9 de Enero de 1813, y se portaría bien, puesto que Nariño lo ascendió al grado de alférez efectivo.

Hubiera querido Andrade seguir á Venezuela en la expedición mandada por el Coronel José Félix Rivas y el Capitán José María Ortega; pero D.<sup>a</sup> Clemencia movió en secreto resortes poderosos para con Nariño, quien dispuso que Fernando quedase en la guarnición de Santafé. Mas, cuando meses después Nariño mismo iba á partir al Sur contra los españoles, renovó Fernando su petición de marchar, y obtuvo un nombramiento en el ejército.

El día de la partida fue á despedirse de su madre. Ella, aparentemente serena, le dijo:

—Le doy mi consentimiento, porque usted va á defender una causa justa. Son los españoles los que han provocado la guerra. Mis oraciones lo acompañarán sin cesar. Si usted sucumbe, creo que me muero de dolor; pero si volviera con nota de cobarde, me moriría de vergüenza.

Echó al cuello de su hijo un escapulario de la Virgen de las Mercedes, lo abrazó estrechamente besándolo muchas veces. Fernando cayó de rodillas para recibir la bendición. Pilar, con los ojos preñados de lágrimas, le tocó la frente con los labios. Iba á prorrumpir Consuelo en llanto, pero la contuvo una mirada severa de su madre. Bajó Fernando rápidamente la escalera, enjugándose los ojos; D.<sup>a</sup> Clemencia abrió el balcón, siguió con la vista á su hijo hasta que dobló la esquina; lo bendijo de nuevo, trazando una cruz en el aire, cerró los postigos, y entonces sí se dejó caer en un sofá de la sala, ahogada por los sollozos.

Condújose Fernando muy bien en la campaña. Se vio entonces, como se ha visto después, que los jóvenes criados en los regalos de la vida ciudadana, aventajan aun á los labriegos, en resistencia para las marchas, en tolerar hambres y fatigas, en dormir tranquilos sobre la desnuda tierra. En los trances más duros, Fernando tenía una chanza delicada, un gracejo de buen gusto con qué alegrar á sus camaradas; y así no es asombro que fuera querido de todos, jefes, oficiales y tropa. Si se agrega su edad, superior á la de los demás oficiales bogotanos, y su carácter de abogado, se comprenderá cómo vino á ser asesor de hecho del Auditor de Guerra y aun, en ciertos casos, del Estado Mayor mismo.

Después del combate del Alto Palacé, en que triunfó el General José María Cabal, segundo jefe del ejército patriota, Nariño se encontró en el sitio de Calibío, al frente del ejército realista, mandado por D. Ignacio Asín y D. Juan Sámano. Ambos eran generales veteranos; Asín, sobre todo, encanecido en el arte de la guerra, y que ha-

hía mandado en jefe quince acciones de guerra, en todas las cuales lo había coronado la victoria. Contaba el español con 1,200 infantes, numerosa caballería bien montada y siete piezas de artillería. Ocupaba la cresta del monte, fortificada con trincheras y fosos. El ejército patriota era inferior en número, en disciplina, y estaba dominado, á pecho descubierto, por los fuegos del enemigo.

Nunca combatió Nariño sin haber hecho antes un esfuerzo por evitarlo. Envió el 15 de Enero de 1814 un parlamentario al enemigo, con pliegos con que proponía un avenimiento. ¿Por qué la Junta Central declaraba la guerra á los americanos, quienes, al constituir gobiernos propios, no habían hecho sino seguir el ejemplo de España? Eligió para el parlamento al capitán de Granaderos Francisco Urdaneta, hoy general, amigo del autor de estas líneas. Era Urdaneta el hombre más hermoso y bizarro del ejército, jinete insigne, caballero de modales urbanos y suaves. Hízole vestir Nariño un rico uniforme y dióle su propio caballo enjaezado. Llegó Urdaneta al campamento enemigo, precedido de un húsar montado que enarbolaba la bandera blanca. Así, sin saludarlo, sin invitarlo á apearse, le gritó:

—Dígale á Nariño que dentro de un rato lo tendré prisionero. Y usted agradézcame que no lo fusile ahora mismo y lo deje volver para atraparle luégo.

Enojado Urdaneta con aquel proceder áspero y villano, volvió grupas al caballo y regresó al campamento. El ejército patriota, que ya estaba en posiciones, rompió el fuego, á que contestó al punto la infantería realista. Un instante después, empezaron á tronar los gruesos cañones españoles; cada disparo abría un ancho claro en los batallones de Cundinamarca y el Socorro, y el claro se cerraba condensando los soldados las filas. Dos horas iban ya de combate, sin que ninguno de los dos Ejércitos hubiera obtenido un palmo de ventaja, cuando Nariño ordenó cargar á la bayoneta. Empezaron á ascender el repecho, domina-

dos por los fuegos realistas, los batallones *Granaderos y Nacionales*, y los siguió el ejército entero. Al coronar la altura, calló el estrépito de las armas de fuego; sólo se oía el chis chas de las bayonetas, el jadear de los soldados, los gritos de los heridos; y dominándolo todo el toque incesante *á la carga* de las cornetas y clarines.

Un cuarto de hora después, los restos del ejército realista iban huyendo á la desbandada, dejando en poder de Nariño la artillería, el abundante parque, gran número de fusiles y muchos prisioneros. El cadáver de Así se halló tendido en el campo. Al siguiente día, el Ejército vencedor ocupó á Popayán.

Después de reorganizar las tropas y proveerlas de municiones y vituallas, Nariño siguió en dirección á Pasto, hostigado sin cesar por los indios, realistas decididos y los primeros guerrilleros de Nueva Granada. Forzó Nariño el 22 de Abril, á poder de audacia y estrategia combinadas, el paso de Juanambú, hazaña que habría enorgullecido al mejor general europeo; y el 9 de Mayo encontró en el páramo de Tacines, muy cerca ya de Pasto, el segundo cuerpo del ejército español.

Había en las tropas de Nariño un cierto coronel Rodríguez, de apodo *el Mosca*, cundinamarqués. Desde la salida de Santafé había comenzado á dar qué hacer en el ejército. Hosco, siempre mal encarado, iba murmurando de las fatigas, y de las hambres, y de las disposiciones de los Jefes. La víspera del día de Tacines, en el pueblo de Buesaco, hizo públicas sus quejas entre los oficiales. Continuar aquella campaña era una locura. Los realistas tenían aún dos ejércitos intactos, é iban llenando las bajas con voluntarios que se presentaban por miles; Nariño, en tierra hostil, no podía reemplazar ni soldados, ni parque; lo prudente era regresar á Popayán, y allí aumentar el ejército, renovar las municiones de guerra.

Aquello vino á oídos de Nariño, y él, en lugar de echar de las tropas aquel hombre pernicioso, como hubiera debi-

do hacerlo, convocó en Buesaco una junta de jefes y oficiales, y les planteó el problema: ¿Debemos regresar á Popayán ó seguir sobre Pasto? Fernando, ascendido á Capitán el día de la toma de Juanambú, con empleo de ayudante en el Estado Mayor, asistió al consejo. Todos á una, con el mayor entusiasmo, estuvieron por marchar adelante; Rodríguez y otro, á quien ya *el Mosca* había empezado á malear, propusieron la retirada. El General los trató con dureza, increpándole á Rodríguez su conducta falaz y cobarde. Le dejó, sin embargo, el mando. ¡Error funesto que costó la pérdida de la campaña y la prolongación de la guerra por cinco años más!

La jornada de Tacines fue más dura que la de Calibío; perdió Nariño tres de sus más brillantes oficiales y mucha gente de tropa. Para dar el asalto final, tuvo que ponerse á la cabeza de los batallones, pero la victoria fue completa. Algunos derrotados llegaron esa noche á Pasto, y comunicaron al general español Aymerich el desastre. El salió á la madrugada de la ciudad con su ejército, dejando algunas guerrillas de pastusos y timbianos que le protegieran la retirada, hostilizando la marcha del vencedor.

Nariño avanzó á vanguardia con unas compañías de los batallones *Granaderos* y *Socorro*, y parte del Estado Mayor. Acampó en un alto, pero no se acostó en toda la noche. A las cuatro de la mañana hizo tocar diana y se puso en movimiento. Con las primeras luces de la aurora alcanzaron á divisar la ciudad y el lindo valle de Pasto.

Está la hermosa ciudad en el arranque de un valle el más pintoresco que tiene Colombia, sembrado de alegres pueblecitos indígenas; fértil como no existe quizá ninguno en América, con abundantes y limpias aguas, dividido en innumerables estancias donde pacen centenares de bueyes y de ovejas.

Las calles del poblado rectas, con anchas acequias que semejan otros tantos hilos de plata. Sobresalen de entre

los tejados de color rojo encendido unos, verdosos otros, las blancas torres de las iglesias cuyas campanas, al dar el alba, envían sus alegres ecos á las cumbres de la montaña en que la ciudad se recuesta.

Más allá de la villa, en el opuesto ejido, se desprende un camino que en suave pendiente va serpeando hasta perderse en la vecina cordillera. Este camino, que sigue hacia el sur, se bifurca en forma de horqueta en dirección á los pueblos de Tangua y Yacuanquer, que están edificadas á corta distancia sobre las inmensas profundidades por donde corre el río Guáitara.

En el extremo lejano del camino, visible desde la altura, se alcanzaban á columbrar los últimos soldados de Aymerich; pero toda la vía hormigueaba de gentes vestidas de colores, que á los soldados de Nariño se les antojó un grande ejército. Eran las mujeres de la ciudad, á quienes se había hecho creer que Nariño era un segundo Atila. Conocido es el brío y entusiasmo de las pastusas, que varias veces han tomado parte, con los hombres, en las guerras, y han ayudado á triunfar á sus maridos y á sus hijos. Regadas en el camino, con sus vestidos de bayeta roja, amarilla, azul, verde y morada parecían en realidad un batallón listo al combate.

Nariño avanzó con precaución. Al mismo pisar el ejido, lo recibió un aguacero de balas, que salían de detrás de cada árbol, cada matón, cada barranca, cada tapia. Paró el caballo, miró al rededor é hizo una seña al Coronel Rodríguez. Quizá pretendió satisfacerlo por el regaño aquel, dándole ahora el encargo de mayor confianza. Ordenóle que fuese á Tacines y transmitiera al General Cabal la orden de adelantarse con todas las tropas, lo más brevemente posible.

Los soldados patriotas, acostumbrados á la victoria, contestaron el fuego; pero el General que vio lo inútil, lo peligroso de empeñar combate con tan pocas fuerzas y sin más municiones que las de las cartucheras de los soldados, mandó replegarse las compañías.

—Andrade, vuele usted; repita la orden que llevó Rodríguez, y ayude á acelerar la marcha del ejército.

Fernando saludó militarmente y puso el caballo á galope. Media milla habría andado, cuando al volver un recodo del camino, vio diez indios armados que intentaban cerrarle el paso. Rodilla en tierra, se echaron las escopetas á la cara, y le hicieron una descarga cerrada á quemarropa. Se lanzó Fernando sobre ellos, sable en mano; pero el caballo había recibido una herida mortal, y se desplomó, oprimiendo con todo su peso la pierna derecha del jinete. Los indios se abalanzaron sobre él, le ataron las manos á la espalda y tomaron por un atajo. Hicieron andar á Fernando largo trecho, á fuerza de cintarazos y empujones, hasta una especie de plazoleta donde había un ventorrillo. Vio allí un grupo de unos veinte lanceros montados, que recibieron al preso con risas y aplausos. Pusieronlo á la sombra de la casa, guardado por los indios escopeteros, mientras los demás iban, venían, comunicaban y recibían órdenes y noticias. Al fin montaron á Fernando en la grupa de uno de los caballos, y partieron á trote largo.

Uno de los soldados realistas era el negro Gaspar, convertido en un mozo alto, de cuerpo elegante y esbelto, de movimientos ágiles y graciosos. Fernando lo miró á la cara dos ó tres veces, pero el otro no pareció reconocer á su antiguo amo.

Los senderos por donde iban apenas servían para las cabras monteses, y Fernando iba haciendo prodigios de fuerza y equilibrio para no caerse, llevando las manos atadas. Por fin, después de vueltas y revueltas, salieron al camino real, al sur de la ciudad. Llegados á la bifurcación de la vía, tomaron la de la izquierda, en dirección á Tangua. Cruzaron la plaza desierta del pueblo y se detuvieron ante la última casa, un cascarón de teja viejo y destaralado. Encerraron á Fernando, después de desatarlo, en lo que había sido cocina, aposento grande, sin cielo raso,

negro de hollín, sin ventana, ni más respiradero que una hendedura del tejado por donde salía el humo del fogón.

Quedóse allá el resto de la tarde y toda la noche, tiritando de frío, sin haber pasado bocado de pan ni gota de agua desde veinticuatro horas antes, molido de cansancio, sentado en el suelo, apoyada la espalda contra el muro.

Al otro día temprano, le trajeron chocolate mezclado con harina y un pan de maíz, y por la tarde, una estera de junco, una frazada y una almohada sin funda, que le mandó una mujer caritativa del pueblo. Se impuso cuatro días después, por la conversación de un guerrillero recién llegado de Pasto y testigo presencial de los hechos, de la suerte del General Nariño; su segunda embestida en que arrolló á los realistas; la muerte del caballo que montaba; la retirada de los patriotas por falta de municiones; la dispersión ocasionada por el pánico; la caída de Nariño en poder de los guerrilleros; el modo como dominó, con sólo su presencia, el populacho enfurecido que pedía á gritos la cabeza del prisionero. Lo que Fernando no se explicaba, era cómo no había llegado el ejército. Lo que no supo él, lo sabemos nosotros. Rodríguez llegó al campamento diciendo á gritos que Nariño era prisionero ó muerto; que la tropa había perecido, que los realistas tenían en el ejido de Pasto un ejército incontable. El Coronel Cancino, Jefe de la artillería, por su propia autoridad clavó los cañones. En semejante situación, el General Cabal ordenó la vuelta á Popayán.

Aquella tarde en que oyó Fernando tan afflictivas noticias, vio entrar á su prisión, ya á la hora del crepúsculo, á un oficial realista acompañado de un sargento y un cabo. Tenía el recién llegado aire preocupado y solemne.

—He recibido la penosa comisión de hacerle saber que ha sido condenado á muerte, por insurgente y traidor á Su Majestad. La sentencia se cumplirá mañana al amanecer, en el patio de este cuartel, fusilándolo por la espalda.

—¿Por orden de quién?

—No creo que á usted le interese mucho ese detalle, y no tengo instrucciones de decirle más.

—Está bien, contestó Fernando.

—También debo advertirle que rece lo que sepa, porque el cura huyó á la aproximación de Nariño, y aquí no hay padre ninguno.

La puerta se volvió á cerrar. No se veía en el cuarto sino la poca luz que derramaba un farol del cuerpo de guardia al pasar por las anchas rendijas de la puerta.

A eso vine á la guerra, pensó Fernando; lo mismo habría podido morir en Calibío ó en Tacines, ó á manos de los escopeteros.... Para lo amarga que es la vida!.... Y perdido el ejército, y preso el General, para vivir úno bajo la dominación de estos salvajes!....

Y empezó á pasearse á la diagonal de la cocina, con las manos á la espalda. En realidad había recibido un golpe tremendo, sin advertirlo; y tenía paralizadas las facultades del alma. No pensaba en nada, nada sentía. Rendido de cansancio de tanto andar, se echó en la estera, puso la almohada de espaldar, y se cubrió las piernas con la manta. Había empezado á llover, y hacía frío.

¿Cómo será la ejecución? ¿Me volverán á atar las manos, me harán arrodillar entre el fango con la cara vuelta á la palizada; oiré el ruido de los fusiles al montarse.... dicen que el fusilado no alcanza á percibir la detonación de la descarga. Allí mismo me enterrarán, ó quizá me arrastren de los pies y me boten por uno de estos asomos que dan al río. Nadie sabrá mi muerte.... el General, desde su prisión, creará que deserté por miedo, y madre, cuando lo sepa, perecerá dos veces: morirá de pesar y morirá de vergüenza.

El pensamiento de su madre lo enterneció. La volvió á ver en la sillita baja del costurero, y vio á sus hermanas; y la vida entera se le renovó ante los ojos del alma.

Oh! y todo eso perdido, sin remedio! ¿Y por qué? Por el gusto, por la maldad de unos guerrilleros salvajes.

No era posible morir así, á los veintisiete años, sin haber principiado á ser útil á los demás, sin haber hecho otra cosa que iniciar su brillante carrera. Y el amor á la vida se despertó en el corazón de Fernando de un modo avasallador, irresistible. Se levantó, púsose á recorrer la prisión en todas direcciones, como fiera enjaulada. Bramaba de ira y de angustia; sudaba á mares á pesar del intenso frío, sentía el golpear de las arterias que casi estallaban; y sobre todo, se ahogaba de sed, la sed de la agonía.

Vino una reacción de aplanamiento; á la ira sucedió un desconsuelo amarguísimo.

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima del Rosario!

Entonces advirtió Fernando que su primer deber, la necesidad urgente era la de prepararse como cristiano á comparecer ante el soberano Juez. Se hincó, apoyando la frente y las manos contra el fogoncillo ennegrecido. Repasó sus disipaciones de mozo, los arrebatos de su carácter; ambiciones, vanidades, necio orgullo de raza. El puntapié á Gaspar. Había obligado al negrito á fugarse; hoy era soldado realista, sabe Dios si pervertido por la vida de los cuarteles.... Lamentó Fernando no poder confesarse, pero sintió la gracia del arrepentimiento y pudo llorar un momento. Se sometió á la muerte, se entregó en manos de Dios, y encomendó á su madre y á sus hermanitas á la protección de Nuestra Señora del Rosario.

Se levantó de allí otro hombre, no estoico é indiferente, no excitado y rabioso, no desanimado y cobarde, sino resignado, valeroso, tranquilo, listo á morir sin jactancia y sin miedo, como cristiano y como granadino. No le quedaban de sus tormentos anteriores sino el cansancio corporal, y la sed, la sed ardiente que le devoraba las fauces. Se acercó á la puerta, golpeó y gritó ahogadamente:

—¡Agua! por caridad de Dios, un poquito de agua!

Un momento después, se abrió la puerta y entraron dos hombres: uno alto y esbelto, con insignias de cabo, embozado en un poncho que llevaba á modo de pañolón

sobre los hombros, tenía en la mano un farolillo de papel; el otro era un soldadito de unos quince años, que iba sosteniendo con ambas manos un mate ó totuma rebosando de agua.

Fernando se abalanzó á la vasija y bebió ávidamente, sin respirar, más de la mitad del contenido. Cuando acabó, el soldado había desaparecido, y delante estaba Gaspar, con el dedo índice sobre los labios.

—Mi amo Fernando, dijo con voz apagada, vengo á sacarlo á sumerced de esta prisión.

—¡Gaspar! ¡Gaspar de mi alma! Dios te bendiga, pero, ¿cómo?

—Los dos somos.... es decir, que yo soy de la misma estatura que sumerced. Cambiamos uniformes. Y empezó á desabrocharse la blusa.

—Ya te entiendo; yo salgo, me escapo si puedo, ¿y tú?

—Yo me quedo aquí.

—¿Y después?

—Soy muy fuerte y ágil. Me voy por aquel agujero del techo.

—¿Y si no puedes salir? ¿Y si te descubren?

—Me fusilan apenas amanezca.

—No, Gaspar; te agradezco el heroico sacrificio que pretendes; pero la vida de un hombre vale lo que la de otro, y la tuya es más preciosa que la mía, porque tú eres mejor que yo.

—Así será, pero yo no tengo madrecita que me lllore. Apure sumerced, que ya me estarán echando menos allá afuera.

Fernando se resolvió, vistió el uniforme español, abrazó y besó á Gaspar, se arrebujó en el poncho, tomó el farol con la mano izquierda, y salió con andar suelto y despreocupado.

—Cabo Andrade! le gritó el sargento de guardia.

—Vuelvo! respondió con voz sorda. En la empalizada del patio había un portillo. Fernando pasó por él, to-

mó un senderito, apagó el farol, lo tiró á un lado, y echó á correr con toda la rapidez de que era capaz. El suelo estaba como un jabón, tres ó cuatro veces cayó de bruces; entre los varios caminitos tomaba sin vacilar unas veces el derecho, otras el izquierdo. De repente se halló detenido; delante tenía un precipicio, casi cortado á pico, tapizado de arbustos enanos y de matones de paja. Abajo, muy abajo, se oían los ronquidos del Guáitara en su lecho de pedrejones.

Se santiguó, sentóse en el borde del precipicio, con las piernas abiertas y las manos en el suelo, y se dejó deslizar. Al peso de su cuerpo, cedían crujiendo las malezas; tronchábanse las ramas á que se iba agarrando con las manos; el descenso fue haciéndose más y más rápido; aquello era ya una caída. Sintió un frío intenso que le penetraba hasta los huesos, pasó por sus ojos un resplandor de púrpura....

Volvió en sí, ya de día, en una choza situada en la ribera del río, con las manos desolladas, llena la cara de rasguños y cardenales, rota la cabeza, quebrado el brazo izquierdo, zafada la....

—Papá, dijo José, al llegar á este punto en la lectura, ¿dónde está lo que sigue?

—El resto del manuscrito se perdió, pero yo puedo referirle lo que falta.

Mi abuelo, el Fernando de la historia, había sido recogido al amanecer por una pobre mujer viuda, lavandera de oficio, que lo llevó al rancho, lo acostó y se puso á hacerle remedios para que volviera en sí. Comprendió él la gravedad de su situación, aun prescindiendo de sus heridas. La comarca era totalmente hostil; no tardarían en buscarlo por todas partes. Ni aun le ocurrió la idea de forjar una historia para explicarle á la mujer lo sucedido; resolvió confiar en ella, y le dijo toda la verdad. No tuvo

de qué arrepentirse. La piadosa lavandera llevó un indio, que redujo las dislocaciones y fracturas; escondía al herido cuando se acercaban gentes sospechosas, lo cuidaba con el cariño de una madre y partía con él su pobre salario.

Seis meses pasaron antes de que mi abuelo pudiera andar sin necesidad de muletas; y entonces se despidió de la excelente mujer, expresándole su reconocimiento, y dejándole, no como paga, sino en testimonio de gratitud y cariño, lo único que poseía: el reloj de plata, joya en aquel tiempo muy rara y estimada, y el anillo de oro, insignia del doctorado en jurisprudencia.

Pasó los cinco años que duró aún la guerra, desconsolado casi siempre, porque allá no llegaban sino las nuevas favorables á los realistas. Con nombre supuesto, fue capataz de peones en una hacienda, sacristán de una iglesia, maestro de escuela en una aldea. Logró hacer algunos ahorrillos, y adoptó entonces el oficio de buhonero, petaquillero que dicen en Pasto. Con su cesta de mimbres á la espalda, iba por todos los pueblos, vendiendo hilo y agujas, hiladillos, cintas y pañuelos.

La noticia de Boyacá llegó á aquellas tierras á mediados de Septiembre. Mi abuelo emprendió á pie su viaje, sin dejar el tráfico, para no ser gravoso á nadie. Arribó por fin á Santafé, en la segunda semana de Noviembre, pero no encontró á su familia en la casa solariega, confiscada por los pacificadores, sino en una casumba en el barrio de Las Nieves. Habían vendido, para comer, primero las joyas, después los muebles uno á uno. No quedaban sino la Virgen de Vásquez, la que tengo á la cabecera de mi cama; los cajones del Niño Dios, que son los mismos que están en el oratorio, y el reloj de caja, que usted ha visto en casa de mi hermana. D.<sup>a</sup> Clemencia estaba envejecida y marchita; Pilar y Consuelo, mujeres hechas y derechos...

—Papá, ¿y Gaspar?

—Allá voy. Cuando se quedó solo en la prisión, arrancó, con ayuda del machete que llevaba, una alfajía ó listón

grueso de madera, que se hallaba incrustado superficialmente entre los adobes del muro. Hízole á trechos unas muescas que le sirvieran para apoyar las puntas de los pies, recostó el madero sobre el fogón contra la pared, trepó y salió por el hueco que servía de chimenea. Siguió á gatas por el tejado y se descolgó por un árbol, cuyas ramas tocaban el alero de la casa.

Un año entero duró prófugo en los bosques; al cabo, viendo que ya nadie lo buscaba, se vino por el Guanacas á la provincia de La Plata, trabajó con provecho, y se casó con una muchacha, tejedora de sombreros, que le resultó muy hacendosa y formal. En 1824 era Gaspar dueño de la mejor casa y de la única tienda de mercancías del pueblo. Se escribían por todos los correos con mi abuelo, quien le daba el título de hermano, y pudo prestarle, en diversas ocasiones, servicios importantes, aunque nunca proporcionados á la deuda de gratitud que tenía para con el incomparable amigo.

Gaspar murió en 1853, antes que mi abuelo, y el día que éste supo la noticia, se encerró en su cuarto á llorar y sollozar como un niño.

—Papá, ¿quién hubiera conocido á Gaspar para servirle de rodillas!

—Gaspar está en el cielo, pero hay un biznieto suyo que ha heredado la grandeza, la hidalguía de alma de su antecesor.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Está en el Colegio del Rosario, y se llama Matías Andrade.

—Voy á abrazarlo esta tarde, y á pedirle perdón delante de todos los estudiantes.

—Yo ignoraba que ese joven viviera en Bogotá; supe ayer que es interno del Rosario, y lo supe con motivo del enojoso incidente.... Usted le lleva esta tarde una carta mía, una invitación á almorzar, aquí en casa, el domingo próximo.

—Con toda mi alma, papá.

—Y que esta lección se le grave para siempre. El orgullo es el peor de los pecados y la más ridícula de las miserias humanas. Los necios estiman la blancura de los cuerpos; Dios sólo aprecia la blancura de las almas.

COLEGIAL

Julio de 1907.

---

## LA DOCTRINA DRAGO

La doctrina Drago interesa en el más alto grado no solamente al país que tengo el honor de representar, y á todas las Repúblicas de la América del Sur, sino también á todos los países civilizados.

El deseo de que sea estudiada y resuelta con espíritu de justicia y equidad, no entraña en manera alguna, por parte de mi país, el menor sentimiento de hostilidad ni de descontento contra ningún gobierno. Al contrario, todos los colombianos, lo mismo que los demás suramericanos, guardamos el mayor reconocimiento á Europa, y muy especialmente á la gran nación española, madre de todos los pueblos hispanoamericanos, por habernos llevado los elementos de civilización á los cuales debemos los progresos que hemos realizado en los diferentes ramos de la actividad humana.

Los libros de los filósofos, de los economistas, de los historiadores, de los novelistas y de los poetas europeos, han ejercido inmensa influencia en los acontecimientos que se han desarrollado en nuestro Continente; los capitales europeos nos han prestado apoyo eficaz para construir al través de valles, de montañas y desiertos que parecían inaccesibles, vías férreas y carreteras, para explotar nuestras selvas, nuestras minas y todas nuestras múltiples riquezas. Los productos europeos siempre han sido generosamente ofrecidos á nuestro comercio, y los de nuestros países han encontrado en todo tiempo favorable acogida en sus mercados.